tudes, Nerón, nuestra esperanza y la esperanza del mundo, recordará, cuando se halle cubierto con la púrpura, las lecciones del Pórtico, y gobernará el Universo con justicia y moderación.

—Aceptamos el augurio—dijo Lollius—. ¡Ojalá comience una era de dichas para el género humano!

-Es difícil prever el porvenir-dijo Gallión-Sin embargo, no dudamos de la eternidad de Roma. Los oráculos la prometieron un Imperio sin fin, y sería impío poner en duda lo que dicen los dioses. ¿Queréis que os comunique mi más grata esperanza? Me prometo con gozo que la paz reinará para siempre sobre la tierra después del castigo de los partos. Sí. Podemos, sin temor á engañarnos, anunciar el fin de las guerras maldecidas por las madres. ¿Quién osaría turbar la paz romana? Nuestras águilas llegaron á los límites del Universo. Todos los pueblos han sentido nuestra fuerza y nuestra clemencia. El árabe, el sabeo, el habitante del Haemus, el sármata, que apaga su sed con la sangre de su caballo, el sicambro de cabellera rizosa, el etíope crespo, acuden en tropel adorando á Roma protectora. ¿De dónde saldrían los nuevos bárbaros? ¿Es posible que los hielos del Norte ó las arenas ardientes de la Libia guarden ocultos enemigos del pueblo romano? Todos los bárbaros, atraidos

misteriosamente, depondrán las armas, y Roma, abuela de cabellos blancos, tranquila en su vejez, verá á los pueblos, sentados en torno como sus hijos adoptivos, meditar la concordia y el amor.

Todos aprobaron esas palabras menos Cassius, que meneó la cabeza.

Enorgullecíase de los honores militares, inherentes á su nacimiento, y la gloria de las armas, tan celebrada por los poetas y los retóricos, excitaba su entusiasmo.

—Dudo joh Gallión!—dijo—que los pueblos cesen de odiarse y de temerse. Y á decir verdad, no lo deseo. Si cesara la guerra, ¿què sería de la violencia del carácter, la grandeza del alma, el amor de la patria? El heroísmo y la abnegación fueran entonces virtudes inútiles.

—Tranquilízate Lucius—dijo Gallión—, cuando los hombres acaben de vencerse unos á otros, tratarán de vencerse á sí mismos, y este será el más virtuoso esfuerzo que puedan intentar, el empleo más noble de su heroísmo y de su abnegación. Sí; la madre augusta cuyos cabellos blanqueados por los siglos adoramos, Roma, impondrá la paz universal. Entonces dará gusto vivir. La vida en ciertas condiciones resulta grata. Es como una tenue llama entre dos sombras infinitas; lo que nos corresponde de la divinidad. Mientras vive, un hombre es semejante á los dioses.

Cuando Gallión hablaba de tal modo, una paloma fué á posarse sobre la espalda de la Venus, cuyas formas de mármol brillaban entre los mirtos.

—Querido Gallión—dijo Lollius sonriendo—el ave de Afrodita se complace con tus discursos, que son dulces y sentimentales.

Un esclavó servióles vino fresco y los amigos del procónsul hablaron de los dioses. Apollodoro pensaba que no era fácil conocer la naturaleza divina; Lollius dudaba de su existencia.

—Cuando la centella cae—dijo—sólo del filósofo depende que sea la nube ó el dios quien la arroja.

Pero Casius no aprobaba esas afirmaciones ligeras. Creía en los dioses de la República. Inseguro sólo de los límites de su providencia, afirmaba que existían, no consintiendo en separarse del género humano acerca de un punto esencial. Y para confirmarse en la religión de sus abuelos empleaba un razonamiento que aprendió de los griegos.

—Los dioses existen—dijo—. Los hombres se representan sus imágenes. Y no se puede concebir una imagen sin realidad. ¿Cómo es posible que viéramos á Minerva, Neptuno y Mercurio, si no existieran Neptuno, Mercurio ni Minerva?

-- Me has convencido--dijo Lollius burlón-.

La pobre anciana que vende pasteles de miel en el Foro al pie de la basílica, ha visto al dios Tifón, con cabeza de burro y un vientre formidable.
La derribó, la alzó las vestiduras, la golpeó cadenciosa y estrepitosamente y la dejó medio
muerta inundada en una orina mal oliente. Ella
misma refirió de qué modo, á ejemplo de Antíope,
había sido visitada por un inmortal. Es cierto que
el dios Tifón existe, puesto que se ha orinado
sobre una vendedora de pasteles.

—A pesar de tus burlas, Marcus, no dudo de la existencia de los dioses—insistió Cassius—y supongo que su forma es humana, puesto que bajo esta forma se nos muestran siempre ya en sueños, ya en vigilias.

—Es más oportuno—hizo notar Apollodoro decir que los hombres revisten la forma divina, puesto que los dioses existieron antes que ellos.

—¡Ah, querido Apollodoro!—exclamo Lollius—Olvidas que Diana fué venerada en un principio bajo forma de árbol y que dioses muy potentes ofrecen las apariencias de un pedrusco. Cibeles no es representada con dos pechos como una mujer, sino con muchos como una perra ó una cerda. El sol es un dios, pero demasiado ardiente para tener forma humana, tomó forma de bola; es un dios redondo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO CEON
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD
"ALFORSO KEYES"
ANDO 1625 MONTERREY, MEXICA

Annaeus Mela condenó indulgentemente aquellas burlas académicas:

—No hay que tomar al pie de la letra todo lo que nos dicen de los dioses. Los vulgares llaman Ceres al trigo y Baco al vino. Pero ¿dónde se hallará un hombre bastante loco para creer que come y bebe un dios? Profundicemos la naturaleza divina. Los dioses representan las diversas partes de la naturaleza y se confunden todos en un dios único que es la naturaleza entera.

El procónsul aprobó las palabras de su hermano y gravemente definió los caracteres de la divinidad:

—Dios es el alma del mundo extendida en todas las partes del Universo, comunicándole movimiento y vida. Esa alma, llama creadora penetrando la materia inerte, ha formado el mundo. Lo
rige y lo conserva. La divinidad, causa activa, es
esencialmente buena. La materia de que se valió,
inerte y pasiva, es mala en algunas de sus partes,
y Dios no pudo variar su naturaleza. Esto explica
el origen del mal en el mundo. Nuestras almas
son partículas del fuego divino que debe absorberlas de nuevo un día. Por consiguiente, Dios
está en nosotros y se aposenta particularmente
en el hombre virtuoso cuya alma no está obstruída por la torpe materia. El elegido en quien Dios
reside, es el igual de Dios. Debe contenerlo y no

implorarlo ¡Qué locura rogar á Dios! ¡Qué impiedad dirigirle nuestros anhelos! Es como suponer posible para nosotros aclarar su inteligencia, modificar su corazón, inducirle á que se corrija. Es desconocer la necesidad que gobierna su inmutable sabiduría. Se halla sometido al Destino; es decir, el Destino es Él. Sus voluntades son leyes á que ha de sujetarse como nosotros. Ordena una vez y obedece siempre. Libre y poderoso en su propia sumisión, se obedece á sí mismo. Todos los acontecimientos del mundo son desarrollo de sus intenciones primeras y soberanas. Contra sí mismo su impotencia es infinita.

El auditorio de Gallión aplaudía; pero Apollodoro pidió permiso para formular algunas objeciones.

—Haces bien en creer, joh Gallión!, que Júpiter está sometido á la Necesidad, y estimo, como tú, que la Necesidad es la primera de las diosas inmortales. Pero me parece que tu dios, principalmente admirable por su extensión y su duración, tuvo mejor voluntad que acierto cuando hizo el mundo, puesto que sólo encontró para amasarlo una substancia ingrata y rebelde. Me preocupa, y lamento su desgracia. Los alfareros de Atenas son más afortunados. Se procuran, para construir los vasos, una tierra fina y plástica, la cual toma y conserva fácilmente los con-

tornos que se la dan. Por esta razón, sus ánforas y sus copas tienen formas agradables. Su redondez es graciosa, y el pintor traza fácilmente sobre ella figuras que cautivan los ojos, tales como el viejo Sileno sobre su asno, el tocado de Afrodita y las castas Amazonas. Reflexionándolo, Gallión, imagino que si tu dios tuvo menos fortuna que los alfareros de Atenas, fué por faltarle sa biduría y no ser un buen artesano. La materia que labró no era excelente. Pero tampoco estaba desprovista de todas las propiedades útiles; tú mismo lo has reconocido. No hay cosas absolutamente buenas ni absolutamente malas. Lo que para un empleo es malo, para otro es bueno. Se perdería el tiempo y el trabajo plantando olivos en la arcilla que sirve para modelar ánforas. El árbol de Palas no crecería en esa tierra fina y pura de que se hacen los vasos que nuestros atletas vencedores reciben ruborizándose de pudor y de orgullo. A mi juicio, cuando formó el mundo de una materia no del todo adecuada, tu dios, on Gallión!, se hizo culpable de una falta semejante á la que cometería un labriego de Megara plantando un árbol en la arcilla de modelar, ó algún obrero del Cerámico cogiendo, para fabricar las ánforas, la tierra pedregosa que fecunda los dorados racimos. Tu dios ha hecho el Universo. Sin duda debió hacer otra cosa para emplear los materiales de que disponía. Puesto que la substancia, como tú indicaste, se le mostró rebelde por su inercia ó por alguna otra cualidad mala, ¿debió él obstinarse en darle un empleo impropio y cortar, imprudentemente, como se dice, su arco en un ciprés? La industria no consiste en producir mucho, sino en producir bien. ¡Lástima que no se hubiese limitado á construir menos, pero primorosamente, algo así como un pececillo, una mosca, una gota de agua!

»Podría ponerle aún muchos reparos á tu dios y preguntarte, por ejemplo, si no temes que, por su roce constante por la materia, no se desgaste como se desgasta la piedra del molino moliendo el grano. Pero esos asuntos no pueden resolverse á la ligera, y un procónsul no tiene tiempo que perder. Permiteme al menos que te indique tu falta de razón cuando supones que dios dirige y conserva el mundo, pues tú mismo dices también que se ha privado de inteligencia después de haberlo comprendido todo; de voluntad, después de haberlo ordenado todo; de poder, después de haberlo conseguido todo. Esa fué aún en él una falta muy grave, porque así renunció á la facultad de corregir su obra imperfecta. Vo me inclino á creer que el dios en realidad no es el que tú dices, sino la materia que un día encontró y á la cual nuestros griegos llamaban el caos. Te equivocas al suponerle inerte: se agita sin cesar, y su perpetuo movimiento mantiene la vida en el Universo.

Así hablaba el filósofo Apollodoro. Habiendo escuchado aquel discurso con alguna impaciencia, defendióse Gallión de haber proferido los errores y las contradicciones que el griego le reprochaba. Pero no supo refutar victoriosamente las razones de su adversario, porque su inteligencia no era muy sutil, y porque su filosofía buscaba principalmente razones que hiciesen al hombre virtuoso y sólo se preocupaba de las verdades útiles.

—Entiende bien, Apollodoro—dijo—, que Dios no es distinto de la Naturaleza. La Naturaleza y Él se confunden en uno. Dios y Naturaleza son dos nombres de un mismo ser, como Novatus y Gallión designan á un hombre solo. Dios, si así lo prefieres, es la razón divina que impulsa al mundo. Y no temas que se desgaste, porque su substancia, como el fuego, consume toda materia y se mantiene inalterable.

»Pero si en algunos puntos—prosiguió Gallión—abarca mi doctrina ideas poco acostumbradas á hermanarse, no me lo reproches, joh querido Apollodorol, y, más bien, alábame por admitir algunas contradicciones en mi pensamientos. Si no fuera yo conciliador con mis pro-

pias ideas, si concediese á un solo sistema una preferencia exclusiva, no me sería posible tolerar la libertad de opiniones; y habiéndola destruído en mí, no la soportaría en los otros, perdiendo el respeto que se debe á toda doctrina razonada ó profesada por un hombre sincero. No permitan los dioses que vea prevalecer en mi un sentimiento exclusivo, rechazando los otros y ejerciendo un imperio absoluto sobre las inteligencias. Imaginaos, amigos míos, lo que serían las costumbres si numerosos hombres creyeran firmemente poseer la verdad, y si, cosa imposible, se pusieran de acuerdo acerca de la verdad. Una piedad excesivamente limitada entre los atenienses, sin embargo llenos de sabiduría y de incertidumbre, ha causado el destierro de Anaxágoras y la muerte de Sócrates. ¿Qué sucedería si millones de hombres vivieran sujetos á una idea única sobre la naturaleza de los dioses? El genio de los griegos y la prudencia de nuestros antepasados han admitido la duda y permitieron adorar á Júpiter bajo diversos nombres. Si en el Universo doliente una secta poderosa proclamase que Júpiter sólo tiene un verdadero nombre, la sangre correría por toda la tierra, y muchos Cayus amenazaran de muerte al género humano con su locura; cada hombre de aquella secta sería un Cayus. Morirían por una palabra.

Matarian por una palabra. Se hallan los hombres más inclinados á matar que á morir por aquello que juzgan verdadero y saludable. Por esto conviene fundar el orden público en la variedad de opiniones, no tratando de establecerlo sobre el consentimiento de todos en una sola creencia. No se obtendría jamás ese consentimiento unánime, y, esforzándose para obtenerlo, se volverían los hombres tan estúpidos como furiosos. Porque la verdad más brillante sólo aparece como un vano murmullo de palabras para los hombres á los cuales se les impone. Cuando me obligas á pensar una cosa que tú comprendes y que yo no comprendo, me turbas con algo, no sólo ininteligible, sino incomprensible. Estoy más cerca de ti creyendo algo distinto de lo que tú crees, pero algo que yo comprenda bien; porque entonces los dos ponemos en juego nuestra inteligencia y tenemos el convencimiento de nuestra propia razón.

—Dejemos este asunto—dijo Lollius—, los hombres instruídos no se unirán jamás para destruir todas las doctrinas en provecho de una sola. Y en cuanto á los vulgares, ¿quién se preocupa de enseñarles que Júpiter tiene seiscientos nombres ó sólo tiene uno?

Cassius, más lento y más grave, tomó la palabra: —Considera joh Gallión! que la existencia de Dios, tal como tú la expresas, puede ser contraria á las creencias de los antepasados. No importa mucho, después de todo, que tus opiniones sean mejores ó peores que las de Apollodoro. Pero hay que pensar en la patria. Roma debe á su religión sus virtudes y su poder; destruir nuestros dioses fuera destruirnos.

—No temas, amigo mío — replicó vivamente Gallión—, no temas que yo niegue con insolencia á los celestiales protectores del Imperio. La divinidad única joh Lucius! la que conocen los filósofos, contiene en sí misma á todos los dioses, como la Humanidad contiene á todos los hombres. Los dioses cuyo culto ha establecido la sabiduría de nuestros antepasados: Júpiter, Juno, Marte, Minerva, Quirinus y Hércules son las partes más augustas de la Providencia universal, y las partes no existen con menos realidad que el todo. Seguramente no soy un hombre impío enemigo de las leyes, y nadie respeta más que Gallión las creencias sagradas.

Ninguno intentó combatir sus ideas. Y Lollius llevó la conversación á su primer objeto:

—Tratábamos de investigar el porvenir. ¿Cuáles son, á vuestro juicio, amigos míos, los destinos del hombre después de la muerte?

Respondiendo á esta pregunta, Annaeus Mela

prometió la inmortalidad á los héroes y á los sabios, negándosela á la mayoría de los hombres.

-No es creible-dijo-que los avaros, los glotones, los envidiosos tengan un alma inmortal. ¿Semejante privilegio puede referirse á seres ineptos y groseros? No podemos imaginarlo. Sería ofender la majestad de los dioses pensar que destinan á la inmortalidad al palurdo que sólo conoce sus cabras y sus quesos, y al liberto más rico que Cresus, sin otra ocupación que repasar las cuentas que le rinden sus administradores. ¿Es posible, joh dioses!, que se hallen provistos de un alma? ¿Qué representarían codeándose con héroes y sabios en los Campos Elíseos? Esos desdichados, semejantes á tantos otros que habitan sobre la tierra, no son capaces de emplear la vida humana, que es corta. ¿Cómo emplearían otra más duradera? Las almas vulgares se extinguen con la muerte ó revolotean algún tiempo en torno de la tierra y se disipan entre las densas capas del aire. Solamente la virtud, igualando el hombre à los dioses, le hace partícipe de la inmortalidad. Así lo ha dicho un poeta:

Jamás desciende á las sombras del Styx la ilustre virtud. Vive como un héroe, y los destinos no te arrastrarán al torrente cruel del olvido. En el último de tus días la gloria te abrirá el camino del cielo.

Conozcamos nuestra condición. Debemos todos perecer_ey perecer completamente. El hombre de una virtud deslumbrante sólo escapa á la suer te común convirtiéndose en dios, haciéndose admitir en el Olimpo entre los Héroes y los Dioses.

—Pero no se da cuenta de su propia apoteosis—dijo Marcus Lollius—. No existe sobre la tierra un esclavo ni un bárbaro, ignorante de que Augusto es un dios; y Augusto lo ignora. Así, nuestros Césares van encaminándose á su pesar hacia las constelaciones; y al presente vemos á Claudius palidecer aproximándose á esos pálidos honores.

Gallión meneó la cabeza.

-El poeta Eurípides ha dicho:

Estimamos esta vida que se nos ofrece sobre la tierra porque no conocemos otra.

—Todo lo que se dice de los muertos es inseguro, tejido de fábulas y de mentiras. Creo firmemente que los hombres virtuosos llegan á la inmortalidad conociéndola plenamente, seguros de alcanzarla. Fijáos bien en que la obtienen por su propio esfuerzo y no como una recompensa concedida por los dioses. ¿Con qué derecho los dioses inmortales humillarían á un hombre virtuoso hasta el extremo de recompensarle? El verdadero salario del bien es haberlo realizado, y no hay,

aparte de la virtud, ningún precio con que pagarla. Dejemos á las almas vulgares, para sostener su vil esfuerzo, el temor del castigo y la esperanza de la recompensa. Estimemos en la virtud solamente la virtud misma. Gallión: si lo que dicen los poetas de los infiernos fuera verdad; si después de morir te condujesen ante el tribunal de Minos, le dirías: «No me juzgues, Minos, mis acciones me han juzgado ya.»

—¿Cómo es posible—preguntó Apollodoro que los dioses concedan á los hombres la inmortalidad de que no disfrutan?

Apollodoro, en efecto, no creía que los dioses fuesen inmortales, ó al menos que su imperio sobre el mundo se ejerciera eternamente.

Y dió sus razones:

—El reino de Júpiter—dijo—comenzó después de la edad de oro. Sabemos por tradiciones conservadas por los poetas, que el hijo de Saturno ha sucedido á su padre en el gobierno del Universo. Pero todo lo que tiene principio debe tener fin. Es mucho suponer que una cosa limitada por un lado es ilimitada por el otro. Tendríamos que suponerla finita é infinita á un tiempo, lo cual sería un absurdo. Todo lo que ofrece una extremidad es medible á partir de aquella extremidad, y no dejaría de ser medible en toda su extensión, á menos de que mudara de natura-

leza, y la condición de todo lo medible es hallarse comprendido entre dos puntos extremos. Luego debemos tener por seguro que el reino de Júpiter acabará como acabó el reino de Saturno. Por eso dijo Esquilo:

Júpiter está sometido á la Necesidad y no puede librarde lo que es fatal.

Gallión pensaba lo mismo por razones deducidas de la observación de la Naturaleza.

—Estimo como tú joh Apollodoro amigo! que los reinados de los dioses no son eternos; y la observación de los fenómenos celestes me inclina más á creerlo. Los cielos, al igual de la tierra, están sujetos á la corrupción, y los palacios divinos, ruinosos como las moradas de los hombres, se desploman bajo el peso de los siglos. He visto piedras caídas de las regiones del aire, negruzcas y roídas por el fuego; nos ofrecían el testimonio indudable de una conflagración celeste.

»Apollodoro, los cuerpos de los dioses no son más inalterables que sus viviendas. Si es verdad, como lo enseña Homero, que los dioses habitantes del Olimpo fecundan los vientres de las diosas y de las mujeres mortales, esto nos dice que no son ellos mismos inmortales, aunque su vida sea mucho más duradera que la de los hombres; y queda probado que el destino los somete á la

necesidad de transmitir una existencia que no podrian conservar eternamente.

—En efecto—dijo Lollius—no es fácil imaginar que los inmortales produzcan criaturas de igual manera que los hombres y los brutos, ni que posean los órganos necesarios para esta función. Pero acaso los amores de los dioses no son más que mentiras de los poetas.

Apollodoro sostuvo de nuevo con razones gallardas que el reino de Júpiter acabaría, y anunció que al hijo de Saturno pudiera sucederle Prometeo.

—Prometeo — replicó Gallión — fué libertado por Hércules con el consentimiento de Júpiter, y goza en el Olimpo de la felicidad conquistada por su previsión y su amor á los hombres. Nada trocará sus destinos felices.

Apollodoro preguntó:

-¿Quién, á tu juicio, heredará joh Gallión! la centella que estremece al mundo?

—Aunque sea muy atrevido responder á esa pregunta, me creo capaz de hacerlo—respondió Gallión—y nombrar el sucesor de Júpiter.

Cuando pronunciaba estas frases, un oficial de la basílica encargado de anunciar las causas, presentóse advirtiéndole que unos litigantes aguardaban en el Tribunal.

El procónsul preguntó si el asunto era de grar importancia.

Es un asunto insignificante ¡oh Gallión!—respondió el oficial de la basílica. Un hombre del puerto de Kenkhreos trae á un extranjero ante tu Tribunal. Los dos son judíos y de humilde condición. Disputaban acerca de alguna costumbre bárbara ó de una grosera superstición, como es frecuente entre los sirios.

«He aquí la minuta de su querella.

»El querellante manifiesta joh Gallión! que es jefe de la asamblea de los judíos, ó como se dice en griego, de la sinagoga, y te pide justicia contra un hombre de Tarsia, el cual, establecido recientemente en Kenkhreos, va cada sábado á la sinagoga, donde habla contra la ley judía. Es un escándalo y una abominación que tú evitarás-dice el querellante-. Y reclama la integridad de los privilegios que á los hijos de Israel corresponden. El defensor reivindica para todos los que creen en lo que él enseña la adopción y la incorporación en la familia de un hombre llamado Abrahamus, y amenaza al querellante con la cólera divina; ya ves joh Gallión! que este pleito es insignificante y obscuro. Sólo falta que decidas ahora si quieres juzgarlo tú ó encomendarlo á un magistrado de menos categoría.»

Los amigos del procónsul le aconsejaron que no se molestara por aquel insignificante litigio.

-Me creo en el deber de seguir en este pun-

UNIVERSITION PARTY TO MENCE "ALFONOU MAYES"

*ALFONOU MAYES"

*ALFONOU MAYES"

to las reglas trazadas por el divino Augusto. No sólo debo juzgar las importantes causas, sino también las pequeñas cuando no hay jurisprudencia sentada. Ciertos asuntos mínimos se producen diariamente y son interesantes por su frecuencia. Conviene que yo juzgue al menos uno de cada especie. Un juicio del procónsul es ejemplar y hace ley.

—Hay que alabarte joh Gallión!—dijo Lollius por el celo que muestras al desempeñar tus funciones consulares. Pero conociendo tu sabiduría dudo que te sea agradable juzgar. Lo que los humanos decoran con el nombre de justicia sólo es en realidad un ministerio de baja prudencia y de cruel venganza. Las leyes humanas son hijas de la cólera y del miedo.

Gallión rechazó blandamente aquella máxima. No reconociendo en el fondo á las leyes humanas los caracteres de la verdadera justicia:

—El castigo del crimen está en haberlo cometido. La pena que las leyes añaden es desigual y superflua. Pero ya que por culpa de los hombres existen leyes debemos aplicarlas equitativamente.

Advirtió al oficial de la basílica que dentro de algunos instantes constituiría el tribunal, y luego, dirigiéndose á sus amigos:

-En verdad—les dijo—tengo un motivo poderoso para examinar este asunto detenidamente.

No debo desperdiciar ninguna ocasión de las que me permiten observar á los judíos de Kenkhreos, raza turbulenta, llena de odios, despreciadora de las leves, á la cual no es fácil contener. Si alguna vez se ve turbada la paz'en Corinto será por culpa suva. Este puerto donde vienen á refugiarse todos los navios de Oriente, oculta entre un amontonamiento confuso de almacenes y de posadas, una muchedumbre innumerable de ladrones, de eunucos, de adivinos, de brujos, de leprosos, de violadores de sepulcros y de homicidas. Es el refugio de todas las infamias y de todas las supersticiones. Venérase á Isis, á Eschmoun, á la Venus Fenicia y al dios de los judíos. Me abruma ver cómo lo invaden todo esos judíos inmundos que se multiplican á la manera de los peces y no como los hombres. Pululan por las calles fangosas del puerto como los cangrejos por las rocas.

—De igual modo pululan en Roma, y eso ya es más terrible—dijo Lucius Cassius—. El mayor crimen de Pompeyo consiste, sin duda, en haber introducido esa lepra en la ciudad. Los prisioneros aportados de Judea para su triunfo, y á los cuales tuvo el desacierto de no tratar según la costumbre de sus antepasados, poblaron de su ralea servil la orilla derecha del río. Al pie del Janículo entre las tenerías, las triperías y ester coleros, en ese barrio á donde afluyen todas las

infamias y todos los horrores del mundo, viven de los oficios más viles, explotan á los compradores procedentes de Ostia, venden andrajos y bazofias, y cambian pajuelas por cristales rotos. Sus mujeres dicen la buenaventura en la casa de los ricos, sus hijos piden limosna á los transeuntes en los bosques de Egeria. Como tú lo dijiste, Gallión, enemigos del género humano y de sí mismos, fomentan constantemente la sedición. Hace algunos años los partidarios de un llamado Chrestus ó Cherestus, promovieron entre los judíos sangrientos motines. En la puerta Portessa lucharon á sangre y fuego, y César, á pesar de su longanimidad, tuvo que mostrarse riguroso arrojando de Roma á los más levantiscos.

—No lo ignoro—dijo Gallión—; muchos de aquellos expulsados vinieron á establecerse en Kenkhreos, entre ellos un judío y una judía del Puente que viven aún ejerciendo algún oficio humilde. Creo que tejen ordinarias telas de Cilicia. No he sabido nada que merezca recordarse acerca de los partidarios de Chrestus. En cuanto á Chrestus ignoro qué ha sido de él, y si vive aún.

—También yo lo ignoro, Gallión—repuso Lucius Cassius —, y nadie lo sabrá nunca. Esos seres viles ni siquiera consiguen la celebridad del cri-

men. Además, tantos esclavos llevan ese nombre, que sería muy difícil buscar á uno determinado entre la multitud.

»Pero no es bastante para los judíos promover tumultos en esas zahurdas donde su hacinamiento y suciedad los libran de toda vigilancia. También se extienden por la ciudad, se insinúan entre las familias y siembran en todas partes el desorden. Vociferan en el Foro asalariados por algunos agitadores. Y esos despreciables extranjeros excitan á los ciudadanos para que se odien los unos á los otros. Toleramos ya demasiado tiempo su presencia en las Asambleas populares, y no es cosa nueva que los oradores se abstengan de hablar contra el sentimiento de esos miserables, de miedo á ser ultrajados por ellos. Obstinados en someterse á su ley bárbara quieren someter á los otros, y encuentran adeptos entre los asiáticos y entre los griegos. Pero lo más increíble, y cierto por desgracia, es que llegan á imponer su costumbre á los mismos latinos. Hay en la ciudad barrios enteros donde se cierran todas las tiendas el día de su sábado. ¡Oh vergüenza de Roma! Y mientras corrompen á las gentes humildes entre las cuales viven; sus reyes, admitidos en el Palacio del César, practican sus supersticiones con insolencia, y dan á todos los ciudadanos un ejemplo ilustre y detestable. De este

modo por todas partes los judíos impregnan la Italia en el veneno de Oriente.

Annaeus Mela, que había viajado por todo el orbe romano, hizo comprender á sus amigos la importancia del mal de que se lamentaba.

—Los judíos corrompen toda la tierra—dijo—. No hay ciudad griega y casi tampoco hay ciudades bárbaras, donde no se deje de trabajar el séptimo día, donde no se enciendan lámparas, donde no se hagan ayunos como los hacen los judíos, donde no se abtengan como ellos, de comer la carne de ciertos animales.

»En Alejandría encontré un anciano judío que no estaba falto de inteligencia ni de conocimientos, hallándose versado en letras griegas. Blasonaba de los progresos que hacía su religión en el Imperio: «A medida que los extranjeros conocen nuestras leyes—me dijo—las encuentran amables y se someten á ellas gustosos, tanto los romanos como los griegos, tanto los que viven en el continente como los habitantes de las islas, tanto las naciones occidentales como las orientales, la Europa como el Asia.» Aquel anciano exageraba tal vez un poco, pero es verdad que se ven muchos griegos inclinados á las creencias de los judíos.

Apollodoro negó vivamente que aquello fuese verdad.

—Griegos judaizantes—dijo—sólo podréis encontrarlos entre la hez del pueblo y entre los bárbaros que van errantes por la Grecia como bandidos y vagabundos. Es posible que los sectarios de ese Chrestus hayan seducido á pobres griegos ignorantes, haciéndoles creer que se encuentran en los libros hebreos las ideas de Platón acerca de la providencia divina. Tal es, en efecto, la mentira que propalan.

—Es un hecho—respondió Gallión que los Judíos reconocen un dios único invisible, todopoderoso, creador del mundo. Pero es preciso que lo adoren con prudencia. Publican que ese dios es el enemigo de todo lo que no sea judaico y que no puede tolerar en su templo ni los simulacros de los otros dioses, ni la estatua de César, ni sus propias imágenes. Tratan de impíos á los que fabrican un dios á semejanza del hombre con materias perecederas.

»Y para demostrar que suidios no puede ser representado por el mármol, ni por el cobre, aducen varias razones, algunas de las cuales, lo confieso, son buenas, y conformes á la idea que tenemos de la divina providencia. ¿Pero qué pensar joh querido Apollodoro! de un dios bastante enemigo de la República, para no admitir en su santuario las estatuas del príncipe? ¿Qué pensar de un dios que juzga ofensa los honores tributa-

dos á otros dioses? ¿Y qué pensar de un pueblo que supone en sus dioses tales sentimientos? Los judíos miran á los dioses de los latinos, de los griegos y de los bárbaros, como dioses enemigos, y extreman la superstición hasta creer que poseen de Dios un pleno y absoluto conocimiento, al cual no se puede añadir ni quitar nada.

»Bien sabéis, amigos míos, que no basta tolerar todas las religiones; hay que honrarlas todas, creer que todas son santas, que son iguales entre si, por la buena fe de los que las profesan, que semejantes á las flechas lanzadas de puntos diferentes hacia un mismo punto, se reúnen todas en el seno de Dios. Sólo esa religión que no tiene tolerancia para las otras, no deberá ser tolerada. Si la dejan crecer devorará á todas las demás. ¿Qué digo? Una religión tan intransigente no es una religión, es más bien una abligión; no es un lazo que une á los hombres piadosos, sino . la ruptura de ese lazo sagrado. Es una impiedad, la mayor de todas las impiedades. Porque ¿puede hacerse un ultraje más cruel á la divinidad que adorarla en una forma única y consagrarla al mismo tiempo á la execración bajo todas las demás formas que reviste á los ojos de los hombres?

»¡Cómo! Por sacrificar ante Júpiter que lleva una medida sobre la cabeza ¿prohibiré á un extranjero que sacrifique ante Júpiter cuya cabellera, semejante á la flor del jacinto, desciende libre sobre sus espaldas? ¿Y seguiría creyéndome así adorador de Júpiter? ¡No! Fuera un impío. El hombre religioso, ligado á los dioses inmortales, está igualmente ligado á todos los hombres por la religión que une la tierra con el cielo. Execrable error el de los judios, que se creen piadosos n adorando más que á su Dios!

-Se circuncisan en su honor-dijo Annaeus Mela-. Para disimular esa mutilación, vense obligados cuando van á los baños públicos á encerrar en un estuche lo que no se debe razonablemente mostrar con ostentacion ni ocultar como una ignominia. Porque resulta igualmente ridículo en un hombre enorgullecerse ó avergon zarse de aquello que tiene de común con todos los hombres. No sin razón tememos, amigos míos, los progresos de las costumbres judaicas en el imperio. No es de temer, sin embargo, que los romanos y los griegos adopten la circuncisión. No es creible que este uso se extienda tampoco entre los bárbaros, para los cuales no sería tanto sacrificio como para nosotros, puesto que la mayoria de ellos son bastante absurdos para suponer deshonroso en un hombre que se muestre desnudo ante sus semejantes.

-; Se me ocurrre una idea!-exclamó Lollius-. Cuando nuestra dulce Canidia, la flor de